



SÁBADO SANTO
CERRAR LOS OJOS PARA VER

REFLEXIÓN

¡Muy buenos días! Antes de nada quiero saludarte y desearte todo lo mejor para este Sábado Santo. Déjame recordarte algo... No lo vivas como una repetición de otros Sábados Santos. Que este día sea un día importante en tu vida y así puedas recordar siempre que hoy comenzó algo nuevo. ¿Recuerdas? Es el mismo propósito con el que comenzábamos la Pascua.

Una vez más (pero no por inercia...) retírate a un lugar tranquilo, donde puedas realmente vivir una mañana tuya, sereno; y así, en el silencio del sepulcro, atisbes la esperanza de la Nueva Vida, hoy Cristo está preparándose para salir a tu encuentro ¿Lo dejas?

Si ya estás tranquilo y a gusto, entonces... comencemos desde abajo, contemplando la realidad en la que nos movemos como hemos hecho los días anteriores.

La afirmación de la muerte de Dios resuena, cada vez con más fuerza, en nuestros días. Richter (1763-1825) ya vio a Dios como una simple pesadilla. Para él, el sábado santo es la prueba de que en el más allá no se ha encontrado nada. Jesús ha muerto: ningún cielo, ningún dios; sólo la nada infinita, el silencio de un vacío bostezante. Cien años más tarde es Nietzsche quien anuncia con un grito de espanto: «¡Dios ha muerto y sigue muerto! ¡Nosotros lo hemos asesinado!». Cincuenta años después se hablaba ya del asunto con una serenidad asumida, animando al hombre a ocupar el puesto abandonado por Dios.

Ciertamente, a los creyentes también nos resulta desconcertante entrar en la iglesia el Sábado Santo: el Sagrario vacío y abierto, sin flores ni plantas, el altar desnudo, sensación de vacío... Muchos se han quedado precisamente ahí, en el silencio del sepulcro, **contemplando a un dios muerto**. ¿Qué sentimientos provoca en ti esa afirmación?

Es cierto, Dios murió en su hijo Jesús, y murió de verdad. Por eso el sábado santo tiene un valor real. No es una historia inventada: verdaderamente Dios estuvo envuelto en una sábana y callado, con los ojos cerrados, sobre una piedra.

Del Evangelio de Mateo (27, 59-61)

José de Arimatea, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.



UNA PALABRA: ESPERANZA

A pesar de todo lo que ya hemos dicho, la experiencia cristiana nos hace comprender que la muerte de Dios sólo fue pasado. Es verdad que Dios cerró los ojos un sábado santo, lo cual no quiere decir que esté todavía con los ojos cerrados. En definitiva, nuestra fe nos dice que el sepulcro es el lugar secreto y silencioso en el que Dios cierra los ojos para ver, más allá, el lugar donde germina y estalla una vida nueva. La ausencia de Dios de este día es sólo una ausencia **esperanzada**.

Recuerda: "Si alguna vez has plantado un garbanzo o una lenteja, comprenderás perfectamente aquello de "si la semilla no se pudre y se seca no da fruto". Un garbanzo es lo más estéril a la vista de los hombres, una semilla seca, dura e inútil... sin embargo guarda vida, y si la plantas, la riegas, la cuidas y

sabes **esperar** pacientemente, brota... Si un garbanzo puede brotar milagrosamente... ¡Cómo no pensar que Dios pueda volver a una vida definitiva!"

Tras la muerte del viernes santo, el sábado santo nos va metiendo en una dinámica de vida en la que reconocemos que Dios tiene derecho a cerrar los ojos... porque necesita en nosotros el espacio y el tiempo justos para preparar algo grande. Reconocemos también que hay que convivir con situaciones en las que no encontramos respuesta o a las que no encontramos sentido. Frente a las que sólo cabe **esperar** confiadamente. No podemos dar respuesta a todo. Pero sí podemos ser gente con esperanza.

Nos encanta que Dios nos mire con los ojos bien abiertos y nos hable... Pero el silencio del sábado santo tiene su lógica y nos enseña muchas cosas. Quienes acogen su silencio, con **esperanza** y fidelidad en las horas grises y rutinarias, son personas del sábado santo. Personas con **esperanza**.

El día del sábado santo es un día en el que no hay mucho que decir. Es un tiempo de **espera...** cuando parece que hasta es lo menos sensato.

1. ¿Cómo vives el silencio? ¿Te incomoda? ¿Por qué?

2. ¿Eres persona del sábado santo, capaz de contagiar esperanza, o caes frecuentemente en el desánimo?

3. ¿Frente a qué situaciones te parece difícil aceptar el silencio de Dios o que Dios cierre los ojos?

4. ¿Tienes puesta tu esperanza en Dios? ¿Crees realmente que él puede transformar las situaciones de muerte en situaciones de vida? ¿Crees que él puede abrir los ojos para siempre? ¿Qué piensas de todo esto?



UN LUGAR: EL SEPULCRO

Antes de continuar te proponemos que cambies de sitio. ¡Precisamente ahora que ya estabas calentito y acomodado! Pasa por la capilla. Camina. Toma un poco el aire. Si es posible vete a un lugar en el que los ruidos sean mínimos y donde no puedas ver a nadie. Busca tu propio sepulcro, entra, acomódate de nuevo y, sólo entonces, continúa con la reflexión.

+++

Ya lo hemos dicho, el sepulcro es el espacio del silencio y de la espera. En el que parece que nada ocurre, pero algo está germinando. El lugar del cansancio y cierta rendición. De una quietud callada. Es el lugar donde cerrar los ojos se hace necesario para ver algo nuevo.

Hay muchos espacios en nuestro mundo que se asemejan a este. Muchos lugares donde parece que se palpa la derrota... y en los que la soledad molesta e incomoda, pero en los que Dios está actuando misteriosamente y en silencio. Uno de esos sepulcros lo tienes muy cerquita. Dentro de ti. ¿Te has parado alguna vez a pensar cómo Dios, en silencio, va haciendo de ti una persona nueva sin importarle demasiado tus derrotas y fracasos? Tú eres su sepulcro y en ti está germinando.

Escucha el latido de tu corazón e intenta buscar a Dios dentro de ti haciéndote esta pregunta: ¿está naciendo algo nuevo en mi interior o voy a volver mañana a mi vida siendo el mismo?

UNA HISTORIA: MARÍA MAGDALENA

*El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena va al sepulcro...
(Jn 20, 1)*



Vaya, la Magdalena... la del corazón roto. La que no se esconde al final, digan lo que digan de las mujeres. Sobre María Magdalena se habla mucho. Hay quien quiere ver en ella a una mujer enamorada de Jesús, ¿cómo no estarlo? Ella ha sentido cada golpe como propio, y ante la cruz se ha visto morir un poco. Es la que, en la hora más oscura, del fracaso y el dolor, sigue dispuesta a dar la cara y a defender aquello en lo que ha creído. Y tal vez por eso, es la primera que va al sepulcro.

Jesús había sido enterrado rápido, y ni ella ni la madre del maestro, María, habían tenido posibilidad de embalsamar su cuerpo. Por eso va al sepulcro muy de madrugada, con perfumes y ungüentos en las manos. María Magdalena vivió unas horas de oscuridad, llorando la muerte de su amado, que era su propia muerte. Como tú anoche con tu oscuridad junto al leño de la cruz. Por eso dice el evangelista que se acercó al sepulcro "cuando todavía estaba oscuro", ella esperaba ver el cuerpo en su sitio, como lo habían dejado y la piedra cerrando la entrada.

Lo importante no es que estuvo un tiempo en la oscuridad, sino que se puso en camino y se acercó al sepulcro. Tenía sed de su maestro, quería volverlo a ver aunque fuese yaciendo silencioso sobre una piedra y envuelto en una sábana. Necesitaba llorar junto a él y perfumar su cuerpo. Y al llegar... no vio lo que esperaba. Sus ojos ya estaban preparados.

Recrea con tu mente aquél momento en que María va al sepulcro a perfumar el cuerpo de su maestro. **El perfume de la Magdalena era sólo una excusa para volver a VER a Jesús.** Ponte tú en camino. Y recrea con tu imaginación aquella escena llevando tu perfume al sepulcro. Lo importante no es que lleves o no perfume, sino que quieres volverte a ver con aquél que te amó primero.

Cuando te hayas contemplado caminando, con ganas de ver a Jesús, y con tu perfume en las manos, entonces termina esta mañana dando gracias por no ver lo que esperabas. Tus ojos ya se están abriendo a la Luz...

1. ¿Tienes sed de Dios? ¿Cómo sabes que sí o que no?

(Me atrevo a decirte que si has venido hasta aquí, a vivir esta Pascua, es que tienes sed de Dios...).

**¡ÁNIMO, CIERRA TUS OJOS PARA VER!
¡ESTA NOCHE VERAS TODO CON CLARIDAD!**